

Discurso pronunciado por el Dr. Jaime A. Viñas Román, Rector de la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, en el solemne acto de investidura de fecha 22 de abril de 1985.

Señoras y Señores:

Desde que los seres humanos existen sobre este mundo, la celebración de las fechas significativas de sus vidas ha sido siempre parte de sus tradiciones. Eminentemente dinámico y transitorio por su misma naturaleza, el hombre ha experimentado en todo momento una preocupación profunda por esa realidad que llamamos "el paso del tiempo" y que no es sino el transcurrir de la persona misma a lo largo de su curso vital. En ese viaje que nos conduce desde el nacimiento a la muerte, todos tenemos hitos muy señalados que nos complacemos en recordar. Lo que viene a ser un mecanismo de afirmación de la propia identidad, a la vez que un esfuerzo por reafirmar la vida propia frente al destino común de un final seguro.

De tal preocupación por las fechas e hitos significativos dentro del tiempo se han hecho también partícipes las instituciones, de manera que los aniversarios relevantes de su historia son igualmente signos de una identidad, así como ocasión de reafirmar los fundamentos institucionales que las crearon y las mantienen en pie. Por esta razón, lejos de ser ritos vacíos u obsoletos, la celebración de los aniversarios cumple una función sumamente coherente con esa vocación de supervivencia que anima tanto al hombre individual como a sus instituciones.

En un mundo en el cual la desacralización es un síntoma que penetra insidiosamente en todas las esferas, los ritos individuales e institucionales han parecido a muchos como reliquias supérfluas. Pero dejaríamos de ser lo que somos como seres humanos si las

fechas aniversarias perdieran absolutamente su poder de motivación y su antigua fuerza de símbolo de identidad. Son importantes todavía, y poca duda cabe de que seguirán siéndolo. No extrañe, pues, que el Décimo Noveno Aniversario de la fundación de la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña nos encuentre unidos en un esfuerzo de recordación y de celebración entusiasta y compartida tanto con todos los niveles de nuestra familia universitaria como con la sociedad dominicana en general.

La fecha de hoy señala un comienzo que no podemos olvidar, y esto es especialmente cierto tratándose de quienes vivimos personalmente aquel principio, coyuntura difícil y exigente que luego ha fructificado con indiscutibles creces y que están hoy a la vista. Por otra parte, un aniversario como el que nos reúne tiene también una ineludible connotación. Se trata de una hora oportuna para la reflexión filosófica en torno a lo ya logrado y a lo que aún resta por alcanzar. Múltiples son los aspectos incluidos en este tema de revisión y de análisis, obligada tarea para todo el que mira atrás con el fin de comprobar cuánto ha caminado y cuánto le resta por andar. De todos ellos, quiero referirme a uno que considero de máxima importancia, no sólo en el medio interno de la UNPHU sino también para los diferentes ambientes sociales del país.

Lo hago porque considero que la Universidad, como institución orientadora dentro de la sociedad, tiene el derecho y la obligación de hacer uso de ocasiones como la presente para dar a conocer sus opiniones a través de su Rector, a quien compete la representación de todo lo que la institución significa. Hoy tenemos una preocupación y, al celebrar un nuevo aniversario de la fundación de la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, esa preocupación la sentimos como una responsabilidad que no podemos eludir.

Me refiero a uno de los problemas humanos y males sociales que aquejan y afectan a toda nuestra sociedad y, en diversos grados, a nuestra vida institucional en general como nación. Me refiero, señores, a lo que conocemos como "mediocridad". Esta es parte de nuestra vida cotidiana, a tal extremo que tal parece que nos estamos acostumbrando tanto a ella que la vemos como ingrediente natural de nuestras acciones diarias. El término mismo de "mediocridad" invita a cierta confusión, por referirse a una posición "media", o a similar distancia entre los extremos. Esto último más bien denota una posición de moderación o equilibrio, que no es precisamente lo que significamos cuando hablamos de "mediocridad", tal como la entendemos en nuestro lenguaje común. Se trata realmente de un juicio peyorativo hacia una posición o situación que no ha llegado a la altura que

debería haber alcanzado, dados los recursos y circunstancias. **Mediocridad** es aquella cualidad que responde a un esfuerzo menor del que la persona está capacitada para ejercer. Es "ser lo menos bueno, pudiendo ser mejor", resultado frecuente de la indiferencia, la pereza, voluntad débil, ausencia de una sana ambición de crecimiento, objetivos y metas limitadas cuando habría potencial para las más altas. Es cumplir con lo escuetamente obligatorio olvidando dar un paso más allá; es la rutinaria satisfacción con lo limitado, el desánimo en el camino de la excelencia, la pobreza y la cortedad de miras. Mediocre es quien pudo ir más lejos, pero se contentó con permanecer en el límite fácil de lo obligatorio. No es, de momento el fracaso total, pero es, en cierto modo, peor que éste, porque mantiene al ser humano continuamente en esa frontera, presa fácil de todas las debilidades.

La mediocridad es la actitud más peligrosa posible para el crecimiento humano o institucional, ya que mantiene frentes sumamente frágiles ante los ataques de toda invitación a la caída, a la irresponsabilidad, a la corrupción, a las ambiciones, a la inmoralidad, y a todas las manifestaciones de decadencia que lamentablemente reducen las energías de individuos y de naciones, hasta llevarlos a un punto sin retroceso posible. Siempre que se camina cerca de un precipicio profundo, el caminante en su sano juicio trata de mantenerse

prudentemente alejado de la peligrosa orilla, de los bordes. El mediocre se mueve día a día sobre ellos. Por eso no extraña nada que, al menor estímulo hacia el abismo, su caída sea rápida e inevitable.

Estamos convencidos de que los grandes males que nos aquejan como nación son en su mayor parte fruto de una mediocridad que podríamos llamar 'institucionalizada..'. Es la regla del menor esfuerzo, erguida en ley común, con contadas y honrosas excepciones. Siempre que la comunidad nacional se ve sorprendida por acontecimientos escandalosos y perturbadores, estamos ciertos de no equivocarnos al creer que, en algún punto de todo el proceso, la funesta mediocridad se introdujo como germen mortal de destrucción, trabajando gradual pero certeramente hasta provocar el desastre. Esto es cierto en los individuos y en los grupos, así como en las instituciones sociales, políticas, religiosas, educativas y todas las que componen nuestro sistema de vida en comunidad.

Por esta razón, y al llegar a una fecha en la cual conmemoramos la fundación de una Universidad, nos parece momento adecuado para renovar el propósito de declarar una guerra sin tregua a la mediocridad en nuestro medio. Cuando se fundó la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, se le quiso levantar sobre bases de excelencia, dirigida ésta a combatir los males que enfermaban seriamente a la sociedad dominicana en aquella

época. Esta es una fecha para examinar hasta qué punto hemos logrado caminar dentro de ese objetivo, así como para ser inmisericordes con nosotros mismos; para detectar y destruir los gérmenes insidiosos de la mediocridad.

Quisiéramos en esta fecha renovar nuestro ánimo para luchar contra esa dolencia destructora, primero en nuestra propia casa y luego, en la medida de nuestro alcance, en todo nuestro alrededor social. Preocupación principal, en este sentido, la constituyen nuestras instituciones de Educación Superior. Nos duele profundamente que la imagen de nuestro país continúe encontrándose deslucida en el extranjero, a causa de acontecimientos ocurridos tanto en el pasado como recientemente y que presentaron toda la sintomatología de una seria enfermedad surgida de la mediocridad. Recordemos el escándalo internacional surgido hace algún tiempo como resultado de manipulaciones dolosas francamente reñidas con la moral académica que debe prevalecer en la educación superior del país, lo que llevó al cierre de dos centros educacionales universitarios. Incluso en estos mismos días ha habido un gran revuelo en España, cuyas autoridades educativas han cuestionado programas específicos de otra universidad dominicana, acusando la presencia de grandes irregularidades y deficiencias pedagógicas y didácticas en los mismos. Es altamente doloroso que

esto continúe sucediendo, aún después de que el Gobierno hubo instituído el Consejo Nacional de Educación Superior precisamente para vigilar con atención la calidad académica de las instituciones universitarias nuestras.

Si el Estado existe para el bienestar de toda la nación, y si su responsabilidad moral en ese sentido es indeclinable, con más razón podemos decir esto de un organismo estatal creado para salvaguardar la calidad educativa de las Universidades del país. Entendemos que el CONES tiene, por ese motivo, todas las prerrogativas que le asisten para actuar con energía cuando esto sea necesario, sin inclinarse jamás a presiones externas de índole política ni tampoco permitir que intereses económicos puedan influir en sus decisiones. La tarea de depuración, de análisis y de vigilancia que le compete como institución servidora de la sociedad y mantenedora de la moralidad universitaria, es una deuda que tiene para con el pueblo dominicano, y este pueblo no puede dispensarle de ella. Nuestras generaciones jóvenes necesitan garantías para la seguridad de su futuro ya que les espera una vida ardua en un mundo cada día más difícil. Tienen, por lo mismo, derecho a ser apoyados en la búsqueda de una Educación Superior excelente, plena de motivaciones altamente humanísticas, y desprovista de la actitud mecantilista que por desgracia también ha invadido el

terreno académico en algunos casos para bochorno de toda la educación superior dominicana. El Consejo Nacional de Educación Superior debe actuar sin contemplaciones ni cortapisas en el cumplimiento de su seria misión moralizadora hasta lograr los altos fines para los cuales fue establecido. No podemos permitir que se siga cuestionando la seriedad académica de la educación superior dominicana.

Si la mediocridad nos invade hasta tal punto de que no llegamos a ser capaces de defender esos derechos de nuestra juventud, razón tendrán nuestros hijos para desconocer totalmente, como inútil y funesta, la generación que les precedió y les entregó un mundo enfermo de la más trágica y mortal mediocridad.

Es preciso liberar nuestra Educación Superior de esa plaga destructora, si queremos salvar nuestro destino como pueblo. La universidad tiene una función cimera en toda sociedad, por ser suya la tarea de la orientación en muchos niveles. Mal podría orientar a nadie quien camine siempre al borde del derrumbe total. Es necesario, por tanto, no dejar decaer el entusiasmo y las energías en este camino de purificación y de fortalecimiento. Lo debemos a nuestra nación de mañana, y el momento de actuar es hoy, sin plazos posibles.

Señores graduandos: no tengo otro mensaje para ustedes, al verles llegar a esta hora que animó

todos sus afanes estudiantiles, sino invitarles a inscribirse en una lucha personal y continua, con el ímpetu del que sólo es capaz la juventud fuerte y decidida, en contra de la mediocridad donde quiera que la encuentren a su paso, comenzando por sus propias vidas y su propia labor profesional. Esa fácil posición en el punto del menor esfuerzo es mortal, y por sí misma genera muerte a su alrededor. Quisiera pensar que este grupo de graduandos, salido a la brega de la vida responsable y definitiva que le espera, llevará un sello que, sin necesidad de palabras, dé a entender en todas partes que, de una manera o de otra, siempre caminará lejos de esa posición generadora de desgracias sociales imponderables.

De todos modos, no cabe otra postura lógica para el que es joven y fuerte y a la vez es graduado de la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, que no sea la de la excelencia, ya que supera con mucho cualquier esfuerzo físico por arduo que parezca. Es el reto supremo, y ya sabemos que sólo los valientes y fuertes de espíritu son capaces de responder a él. Adelante, pues, que la vida y el mundo esperan a esos valientes. Sigamos todos juntos bajo la orientación de los principios filosóficos y morales de esta Universidad y de la guía suprema de Dios, nuestro Señor Todopoderoso.

Muchas Gracias.